

**Julieta Pinto**  
**Amiga querida**

Con el calor de la boca en su mano y las palabras de buenas noches en sus oídos, partió para su casa.

Nadie la había tratado con tanta bondad y cariño en toda su vida. Y este hombre, este genio de sabiduría y altruismo, la distinguía entre todos los demás y era a la única mujer a quien besaba la mano.

Los sábados por la noche después de las reuniones más interesantes a que ella asistiera jamás, la acompañaba a la puerta, y mientras los demás visitantes discutían en voz baja, le susurraba "buenas noches", luego de besarle la mano.

En el fondo de su alma, cada sábado esperaba oír otras palabras, un "buenas noches mi amor" que la colmaría de felicidad, que le trasladaría el cielo a la tierra. Pero cada sábado tenía que prolongar la ilusión una semana más.

No tenía la menor duda de que la quería, si no, ¿por qué siempre que leían pasajes de amor en las obras de Shakespeare, parecía dirigirse sólo a ella? ¿Por qué esas despedidas tan misteriosas en el quicio de la puerta?

Las otras mujeres que asistían a las reuniones pasaban las horas embebidas en la contemplación de la figura del genio, mientras éste disertaba. Una palabra cariñosa del maestro las hubiera llenado de felicidad. Él continuaba sus enseñanzas sin hacer caso a sus miradas lánguidas.

Ella absorbía cada palabra, cada entonación de su voz, a pesar de que su terrible acento alemán no permitía que las palabras de amor sonaran de una manera muy romántica. Pero, ¿qué importancia podía tener un acento extranjero ante una personalidad tan fuerte? Si continuaba asistiendo a esas reuniones, terminaría por creer que el español necesitaba de ese acento gutural para expresar toda la gama de los sentimientos.

¡Qué suerte haber podido entablar amistad con el doctor!

Sólo con este nombre lo llamaban ella y sus compañeros, porque así creían colocarlo más alto que a los demás hombres, justo sitio para un ser humano que había trascendido la línea de los mortales.

Lo conoció por unos amigos comunes que se reunían con él los sábados por la noche. Asistió una vez y quedó presa de su encanto. La semana entera suspiraba porque el tiempo pasara ligero y las siete de la noche de los sábados se hicieran presentes. Se sumergía en esa atmósfera del Olimpo, en esas aguas de profunda sabiduría, y salía de ellas deslumbrada, con una nueva vida que la confortaba toda la semana. La figura del doctor era el centro de todos sus sueños: sus manos blancas y

suaves, su barbilla pronunciada, la fuerza de sus ojos grises y el cabello cano que amenazaba con desaparecer.

Como era el dueño de una librería, casi todos los días encontraba pretexto para comprar un libro y así tener oportunidad de verlo. Procuraba llegar en las horas en que estaba el doctor, y el saludo con que la recibía le aceleraba los latidos de su corazón. Lo malo era que a fin de mes la cuenta de libros ascendía a cientos de colones y tenía que privarse de varias cosas para pagarla. Pero, ¿cómo no iba a comprar esa edición de Shakespeare con portada de cuero rojo, o aquella otra de Schiller en papel pergamino? El doctor le decía que eran ediciones dignas de un alma delicada y amante de los libros. Ella no podía menos que adquirirlas, aunque tuviera que sacrificarse.

Desde que leyeron Hamlet, llamó al doctor en su interior "Sweet prince" y una noche se atrevió a despedirse con esas palabras.

Él sonrió: Amiga querida, me encanta que me llame así, pero no lo diga en público, porque sus compañeros no entenderían.

Se alegró inmensamente: tenían un secreto compartido. Esa noche soñó con un Hamlet avejentado y un poco calvo.

Pasaron seis meses y Rilke reemplazó a Shakespeare y a Schiller. Las reuniones eran cada vez más frecuentes y ella con mayor entusiasmo. El doctor se superaba hablando de su compatriota y recitaba las Elegías en un alemán sonoro. Aunque no entendían el idioma, siguiendo el texto en inglés adivinaban el significado.

Una noche que terminaron más tarde que de costumbre, salieron los compañeros apresuradamente para sus casas, y ella quedó despidiéndose del doctor en el quicio de la puerta. La luna estaba en cuarto creciente y las palabras de la tercera elegía de Rilke flotaban en el aire. El doctor le oprimió la mano, y sin soltársela le dijo:

—Elsa, quiero hablar con usted, ¿podría venir a mi oficina mañana a las dos?

Sintió que el corazón le saltaba dentro del pecho; un temblor nervioso la sacudió y el doctor solícito le dijo que se abrigara porque hacía frío. ¿Cómo iba a sentir el frío de la madrugada si su sangre entera hervía? ¿Si su corazón latía con la misma violencia que el de Julieta cuando se asomaba al balcón a esperar a Romeo? No supo cómo se despidió, ni cómo llegó a la casa. La luna había nacido por primera vez con su esperanza, y las calles y aceras que atravesó le parecieron de plata. Estaba viviendo un sueño, todas las cosas eran irreales. Hasta el vientecillo de la madrugada acariciaba en vez de morder su cuerpo lleno de vida.

Llegó a la casa y no pudo dormir. Sentada en la cama imaginaba la escena que se desarrollaría al día siguiente: Entraría a la oficina y el doctor le tomaría ambas manos llamándola "mi amor". ¡Por fin oiría las palabras tan esperadas!

De pronto se sobresaltó, ¡qué raro que le fuera a declarar su amor en la oficina!  
¿Por qué no lo había hecho esa noche?

Se tranquilizó al pensar que el doctor era tan caballero, que no se había atrevido a declararse en su casa y de noche.

—Las costumbres alemanas son un poco molestas—pensó mientras se desvestía cuando ya las montañas comenzaban a presagiar la salida del sol con su tono rosa.

Se despertó tarde. Ese día no podía ir a trabajar. Se excusaría diciendo que no se sentía bien. Y no era mentira, tenía las manos frías, la cara ardiendo, los latidos del corazón habían perdido el ritmo, y se le empezaba a insinuar un dolor en la boca del estómago. ¿Era debido a su edad o así sucedía a todas las mujeres? Sin tiempo para verificarlo comenzó a arreglarse. Se pondría su vestido sastre de seda negro. Era el más elegante, es decir, el único, porque hacía meses las cuentas de libros no daban margen. En vez del almuerzo tomó una taza de café negro con dos tajadas de pan tostado; afanosamente trató de arreglar el apartamento para que el tiempo transcurriera pronto.

Veinte minutos antes de las dos partió hacia la librería. Hizo un esfuerzo sobrehumano para que las piernas la condujeran.

—Huesos viejos que se paralizan con la emoción—se dijo en voz alta.

Llegó antes de las dos, pero ya el doctor la esperaba. Delicadamente la sentó en la mejor silla. Él se quedó de pie; se veía preocupado. Ella no se atrevía a levantar los ojos del suelo. Perdió la noción del lugar, la sensación de su cuerpo y se transformó en un par de oídos que ansiosos esperaban las palabras que deseaba oír.

El se acercó y poniéndole la mano en el brazo le preguntó con la voz más dulce que un alemán puede emplear.

—"Elsa, ¿verdad que tú y yo somos amigos?"

El "tú" en boca del doctor la hizo estremecerse y no pudo articular palabra. Asintió con la cabeza como si hubiera sido una niña, una de las que asistían a su escuela. Por un instante pasó por su mente lo que ellas dirían si vieran a su maestra haciendo semejante papel. Eso le devolvió un poco la serenidad. Se atrevió a poner una mano sobre la del doctor y en voz baja articuló:

—Amigos hasta la muerte.

El acercó una silla y tomándole ambas manos continuó:

—Sabes, Elsa, estoy en una situación difícil y no sé cómo decírtelo.

Ella pensó rápidamente: ¡Que tontería! Nunca creí que fuera tan difícil para un hombre declararse a una mujer! Con voz suave replicó:

—Usted sabe, doctor, que para mí es un placer oírle. Sin soltarle las manos, él continuó:

—Sólo tú puedes salvarme de la situación en que me encuentro. Necesito urgentemente siete mil colones para cancelar una deuda y tú eres tan amiga que me atrevo a pedirte los prestados.

El continuó hablando, diciéndole que se los podía pagar dentro de tres meses, que le daría todas las garantías que deseara, pero ella no lo oyó. Los oídos listos para captar palabras totalmente diferentes, se cerraron y no quisieron escuchar más. Un ruido le zumbaba en la cabeza y tartamudeando le dijo que lo pensaría. Se despidió tan pronto estuvo segura de sus piernas.

De vuelta a su casa se derrumbó en una silla. Sentía vacíos el alma y el cuerpo, un cansancio muy grande la invadía. Comenzó a recordar todos los encuentros con el doctor y la luz comenzó a surgir. ¡Romántica incurable que a pesar de los años seguía siendo una simple adolescente! ¡Imaginarse que un solterón de sesenta años se le iba a declarar! El doctor había sido especial con ella porque era un hombre fino, atento y le tenía una gran simpatía. "Usted es mi mejor amiga" había dicho él. Cuando había tenido la oportunidad de demostrarle su amistad, ella, esperando declaraciones que sólo su imaginación desbocada había supuesto, lo había dejado casi con la palabra en la boca.

—¿Qué iba a pensar el doctor? ¿Que ella creía que él había hecho mal en solicitarle el préstamo de dinero?

No tenía por qué saber de sus sentimientos, ni de las ilusiones que se había forjado. Con seguridad ni se las imaginaba. Su actitud al tartamudear un "voy a pensarlo" y salir apresuradamente, lo debieron haber dejado abatido. ¡El pobre y querido doctor, sin proponérselo, había encendido una quimera en su alma!

Tomó una fuerte dosis de narcótico y se acostó con el firme propósito de hablarle a primeras horas de la mañana siguiente. Nadie debería enterarse de esa ilusión fallida y ella seguiría tratando a su amigo con la misma deferencia de siempre.

En eso pensó en el dinero. Tenía unas economías en el banco.

¡Qué curioso, eran exactamente siete mil colones! Con gran esfuerzo, había ahorrado cada mes una pequeña suma para un viaje a Europa, el sueño de su vida. Ese deseo se le había exacerbado en las reuniones del doctor, con las descripciones que éste hacía de todos los tesoros de arte que se podían contemplar en el viejo continente. Era un dinero que no quería gastar en nada. Pero este era un caso diferente. Demostrar al doctor la firmeza de su amistad era más importante que el viaje a Europa. Librarlo de una situación que le preocupaba, era darse un gusto más grande que recorrer las galerías de los museos...

Durmió tan profundamente que apenas llegó a tiempo a la escuela. Dio la clase distraída y en cuanto sonó el timbre salió de prisa. El corazón le latía casi con tanta violencia como el día anterior. Encontró al doctor en su oficina, encorvado sobre los libros, y le pareció más viejo. Una ola de ternura la invadió y se ruborizó cuando él con una amable sonrisa le tomó ambas manos y la hizo sentarse repitiendo: "Amiga querida, amiga querida". Luego se quedó mirándola con un fuego especial en sus ojos grises. En su interior, ella se burló de sí misma. Ayer hubiera creído que esa mirada era de amor furioso. Comenzó a hablar con voz firme:

—Doctor, he pensado en lo que usted me dijo y será un placer para mí prestarle el dinero que necesita. Tengo siete mil colones en el banco y ahora mismo podría hacer el cheque por dicha cantidad.

No le dijo nada del viaje a Europa ni del esfuerzo que había significado ahorrar tal cantidad, para no abrumarlo. Lo vio parpadear repetidas veces, seguro para ocultar el brillo de las lágrimas, y con voz ronca contestó:

—No esperaba menos de usted, amiga querida. Desde que la conocí supe que podía contar con su alma noble en la adversidad. De todos mis amigos ha sido usted quien ha estado más cerca de mi corazón. No tengo palabras para decirle lo que le agradezco este rasgo de generosidad. Usted sabe que en iguales circunstancias yo hubiera hecho lo mismo, y esta certeza es la que me mueve a aceptar su dinero. Hoy es el día señalado para el vencimiento de una letra, y si no la pagara no se qué sucedería.

Abrió el libro de cheques y le extendió uno por siete mil colones. Quedaba con unos cuantos centavos en el banco, pero la cara de felicidad del doctor valía más que todo el dinero que había ahorrado. Él tomó cheque con mano temblorosa y le preguntó si deseaba un recibo. Ella lo rechazó y se levantó para salir. Como el día anterior, la acompañó a la puerta repitiendo "Amiga querida". Su corazón volvió a cantar por haber dado tal alegría a su querido doctor.

Una vez en su casa, recordó que él había olvidado darle las garantías que le había ofrecido... Entre amigos no era necesario.

Pasaron tres meses. Después de una reunión en que se habló de la pobreza de Beethoven y de su genio que se elevó por encima de ella, el doctor le pidió una prórroga de tres meses más. Elsa, con las palabras emocionadas todavía en sus oídos, le contestó que se dejase el dinero por el tiempo que fuera necesario. Esa noche, un beso más largo en su mano fue la señal de agradecimiento.

Estaba una mañana en la escuela dando sus clases cuando llegó un amigo con muestras de gran agitación.

—Elsa, ¡se fue en avión esta mañana y me quedó debiendo diez mil colones!

Ella no entendió.

—¿Se fue? Pero, ¿quién se fue?

—El doctor. El viejo sinvergüenza le quedó debiendo a todo el mundo y partió esta mañana sin despedirse de nadie. A mí me debe diez mil colones. ¡Te das cuenta de lo que es perder diez mil colones! Casi gritaba.

Ella se sentó en una silla, no sabía lo que eran diez mil colones perdidos pero comenzaba a vislumbrar lo que eran siete mil. ¿Cómo iba a ser que el doctor, el hombre más integro que ella había conocido, hiciera tal cosa? El amigo se quedó mirándola.

—Elsa, ¡no me digas que también le prestaste dinero al viejo sinvergüenza!

Le dolía mucho oír que lo llamaba así, pero no pudo menos que asentir con la cabeza. El otro saltó enfurecido.

—¡Esto es el colmo! Pero, ¿cómo te engañó? —Y luego agregó con abatimiento. —Igual que a mí, a Carlos, a Eugenio: que éramos sus mejores amigos, que su reputación dependía de ese dinero, que hubiera hecho lo mismo por nosotros...

Elsa lo oía como en sueños. Esto era una pesadilla. No podía ser verdad. Su amistad con el doctor era algo tan maravilloso que de ser necesario hubiera estado dispuesta a sacrificar los siete mil colones. Pero que el doctor dijera lo mismo a Carlos, a Eugenio y a Enrique, era lo que no podía soportar. Las manos en que encerró su cara se llenaron de lágrimas. Enrique a su lado la consolaba:

—Veremos qué se puede hacer, tal vez en el remate puedas conseguir algo. Me imagino lo duro que es perder ese dinero después de ahorrarlo con tanto sacrificio. Anímate y vamos a la casa a ver qué se puede hacer.

Lo acompañó. Necesitaba ver por última vez la casa donde había pasado horas tan felices, sueños de amor primero, de amistad después. Llegaron, y una ola de gente salía de la casa con el radio, la cocina, muebles, cuadros, adornos. Veía horrorizada la mansión de su héroe convertida en nido de acreedores. Apenas podía dar crédito a sus ojos. Enrique la condujo a la oficina del doctor. Estaba desmantelada. Sólo quedaba una pequeña reproducción de Botticelli que pendía detrás del sitio donde estuvo el escritorio. Enrique la desprendió, y dándosela le dijo que la guardara como recuerdo.

Maquinalmente la abrazó y maquinalmente llegó a su casa. Colgó el cuadro en el sitio de honor de su biblioteca. Años después deslumbraba a sus amistades al contar que aquella simple reproducción de Botticelli le había costado siete mil colones.